

CONSIDERACIONES SOBRE EL ESTADO MILITAR EN AMERICA LATINA *

Volker Petzoldt**

I. ORIGEN, CARACTER Y FUNCIONES DEL ESTADO MILITAR

La realidad socio-política inmediata de América Latina exige por parte del investigador un examen atento y reflexivo que permita contribuir a esclarecer los fenómenos inherentes con el rigor que corresponde.

Mucho es lo que se conjetura hoy sobre cuáles son los factores que propician el surgimiento del Estado Militar. Por eso quisiéramos con estas notas contribuir a la reflexión sobre un fenómeno, que para unos se presenta como una "enfermedad" que se está extendiendo por toda América Latina; otros lo ven como resultado provocado por acciones de la "ultraizquierda", y no faltan quienes lo atribuyen al "capricho" o la "traición" de unos pocos militares: nos estamos refiriendo al hecho de

*/ Colaboración para la Revista Economía.

**/ El autor de este ensayo se recibió de M.A. de Americanística y Sociología en la Universidad de Munich (RFA) con una tesis sobre los medios de comunicación en Chile. Después de una prolongada estadía en ese país (1972-73), Volker Petzoldt desde el año pasado se encuentra trabajando como investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" en Caracas, Venezuela.

que desde los últimos años más y más países latinoamericanos se encuentran gobernados por regímenes militares. Por ello, es nuestra intención sistematizar un conjunto de elementos y experiencias que han surgido en la escena política contemporánea de América Latina, y sobre todo en los países del Cono Sur, para ver en que medida los Estados Militares de la región tienden a constituir los nuevos y futuros modelos de dominación política y económica; tanto en lo que se refiere a su duración como en lo que pueda ser su expansión geográfica.

A grandes rasgos, la historia latinoamericana ha conocido —desde la formación de sus Estados nacionales— dos tipos de Estados: el Estado Oligárquico de fines del siglo pasado y principios del presente, y el Estado Populista, surgido en la mayoría de los países latinoamericanos a partir de la década del 30. Por ser ésta forma de Estado la que en términos históricos nos es más cercana ya que últimas expresiones de sus remanentes todavía tienen, aunque cada vez menos, presencia en algunos —pocos— países latinoamericanos; y por otro lado, habiendo sido reemplazado (a través de procesos históricos más o menos largos) esta forma de Estado en otros, e incluso en la mayoría de los países del continente, por lo que hoy conocemos como Estados Militares, queremos muy brevemente detenernos en la descripción de las características del Estado Populista.

La crisis del sector externo de la economía de los países exportadores de materias primas, originada por la crisis mundial de los años 30, impone —sobre todo en los países “más avanzados” del capitalismo dependiente de América Latina— la necesidad de iniciar el proceso de sustitución de importaciones. Este proceso tiene en términos generales y abstrayendo las particularidades que se han manifestado de país en país, las siguientes implicaciones: surgimiento y fortalecimiento de la burguesía industrial; crecimiento numérico y organizativo del proletariado; formación de grandes masas marginadas. Comienza en el seno de las clases dominantes (fracciones oligárquicas vs. fracciones burguesas, ligadas fundamentalmente a la industria) una lucha intensa por la hegemonía sobre el aparato estatal, lucha en la que la burguesía industrial necesita apoyarse en el proletariado y sectores del campesinado y de los margina-

dos. De esta alianza de clases surge, entre otras cosas, lo que constituirá la ideología populista, que como fenómeno superestructural tiene una larga vida en Latinoamérica.

El carácter coyuntural de la crisis mundial, sin embargo, como también la imposibilidad estructural de un desarrollo independiente y a largo plazo de la industria nacional, y el importante desarrollo de las organizaciones de la clase obrera, que reclamaba una mayor participación política y en la distribución de los ingresos nacionales, han sido los factores más decisivos que llevaron al Estado Populista a enfrentar una inestabilidad cada vez mayor. A eso se agregan los factores externos que, a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial y con más rigor desde los años 50, afectarán la estructura económica del Estado Populista: la penetración masiva del capital financiero y también de tecnología, conduciendo ello a un creciente proceso de desnacionalización y centralización.

He aquí algunas de las condiciones causantes de la crisis del proyecto populista; condiciones que a su vez determinarán la apertura de un nuevo período, caracterizado por un nuevo modelo de acumulación, el rápido desarrollo del sector dinámico de la economía (el de la producción de bienes durables de consumo y de capitales), la progresiva monopolización de la economía y la penetración del capital extranjero como factor hegemónico de la economía "nacional".

La crisis generalizada del Estado Populista que repercute fuertemente en todas las estructuras y a todos los niveles de la sociedad, se expresa por un lado como lucha inter-burguesa, entre los sectores monopólicos y no-monopólicos de la burguesía; por el otro lado, se registra durante esa crisis un enorme auge de las luchas populares, tendiendo su contenido más allá de exigencias reivindicativas. Es así como, por ejemplo en las elecciones presidenciales de 1.970 en Chile, las clases dominantes son incapaces de llegar a presentar un candidato único, lo que a su vez posibilita el triunfo electoral de la Unidad Popular. Por otro lado, y agudizada por la brecha abierta por las disputas interburguesas, la lucha del proletariado y de sus aliados alcanza niveles desconocidos anteriormente, caso para el cual también podríamos citar la experiencia chilena.

Históricamente, el Estado militar moderno se inicia en América Latina con el derrocamiento de Goulart en Brasil (1964). Pasando por las experiencias posteriores de Uruguay, Bolivia, Chile y Argentina (que junto con Brasil son los casos "modelos" que aquí nos interesan), podemos tratar de llegar a la sistematización de lo que nos parecen ser las características y funciones más importantes del Estado Militar en América Latina. Veamos, cuales son las condiciones básicas que dan origen al Estado militar; principalmente dos, dialécticamente relacionadas entre sí: El Estado militar como forma de Estado de Excepción se origina cuando en un período revolucionario o de crisis global del sistema las clases explotadas en la ascendente lucha de clases no logran imponer una solución autónoma (no-capitalista) a esta crisis del sistema de dominación burguesa, mediante la toma del poder por parte del proletariado y de sus aliados.

Por otro lado, el Estado militar surge como necesidad de resolver la crisis económica, política e ideológica que afecta al conjunto de la sociedad burguesa. Surge frente a la incapacidad de las distintas fracciones burguesas de resolver su crisis interna (agudizada por el avance de la lucha de clases) dentro del marco de su propia institucionalidad y a través de los medios y mecanismos tradicionales que le proporciona la democracia burguesa (Poder Legislativo, Poder Judicial, etc.).

Este es el contexto que hace necesaria la intervención del aparato armado, de la columna vertebral del Estado burgués: las Fuerzas Armadas, que en cierta medida "desde adentro" de la sociedad entran ahora al centro del escenario político. En este lugar queremos anotar dos observaciones; la primera es que encontramos aquí una diferencia fundamental entre el actual Estado militar latinoamericano con lo que ha sido una de las características de los fascismos clásicos de Europa, donde esos regímenes tomaron el poder "desde fuera" del aparato del Estado; la segunda se refiere a la incorrecta caracterización que a menudo se hace de la actuación sea de Pinochet u otro de los gobernantes militares en el Cono Sur del Continente calificándolos de "traidores". Nos parece, al contrario, que esos militares han sido absolutamente fieles en su misión como altos

mandos de ejércitos burgueses salvaguardando los más vitales intereses del Estado burgués que dió origen y sentido a sus aparatos armados precisamente para defenderlo, no sólo de agresiones externas, sino sobre todo frente a las amenazas (de clase) internas.

De este modo, lo primero en la política del Estado Militar, una vez que las Fuerzas Armadas hayan tomado el poder, consiste en la represión-liquidación de los partidos, organizaciones y organismos representativos de la clase obrera, haciendo de las detenciones, torturas y persecuciones —sistematizadas o generalizadas— la norma inflexible y continua de su política en contra de las masas (eso a través de todas las ramas del aparato represivo, pero fundamentalmente por medio de la creación de organismos altamente especializados en esta tarea); desaparece así —motivado también por su imposibilidad en términos económicos— cualquier tipo de pretensión populista, como diferencia con respecto a regímenes militares conocidos en otros períodos históricos en América Latina (el Perón de la primera época en Argentina, etc.).

Para precisar el carácter de clase del Estado Militar, debemos considerar ahora algunos elementos básicos de su modelo económico.

Este trata de resolver la crisis de acumulación a través del siguiente proyecto: iniciar la expansión industrial a partir de un proceso de acumulación basado en el aumento de la inversión extranjera y nacional, y obtener un excedente superior al normal en la economía capitalista, por vía de una mayor explotación a costa de los ingresos de los trabajadores. Esto implica y conduce a: una disminución drástica del nivel de vida de las masas, un fuerte aumento del desempleo (hoy en Chile: 20o/o, contra aproximadamente 4o/o durante el gobierno de la Unidad Popular), y una baja de los costos de producción.

En este modelo el mercado interno se restringe a las reducidas capas de altos ingresos, orientándose la producción hacia los mercados externos. No es necesario insistir aquí en que el pilar de modelo, la penetración masiva del capital extranjero, cuenta por parte del Estado militar con máximas facilidades: anulación de medidas proteccionistas existentes anteriormente;

política de impuestos favorables al capital extranjero; garantía para el pleno funcionamiento de los mecanismos de la economía del mercado; etc. En el caso del modelo brasileño, la ampliación del mercado (externo) descansa además sobre una política internacional expansionista, con el objetivo de asegurarse mercados para la exportación de bienes elaborados y de apropiarse de fuentes de materia prima y de energía. El subimperialismo brasileño cuenta para ello con conceptos geo-políticos ampliamente desarrollados (además de infraestructura, armamento, disposiciones ideológicas, etc.).

Siendo un concepto central del Estado Militar la superexplotación del trabajo, que implica la pauperización progresiva de amplias masas —ya no sólo de las clases y sectores tradicionalmente explotados, sino también de extensas capas de la pequeña burguesía— sólo un régimen autoritario (dictatorial) y represivo, puede introducir y mantener relativamente estable el nuevo modelo de acumulación. Es así, que por su irrupción en el proceso político de la sociedad, las Fuerzas Armadas tratan de darle solución a la crisis del sistema de dominación burguesa, y fundamentalmente del aparato del Estado, a través de la implantación de un Estado militar, que es la forma que actualmente toma el Estado de Excepción en América Latina, y que corresponde plenamente a los intereses del nuevo bloque histórico de las clases dominantes: la gran burguesía industrial monopolista, asociada al gran capital imperialista.

De allí que el Estado militar no liquida las contradicciones y luchas entre este sector de la burguesía y los sectores no-monopólicos; más bien tiende a fomentarlas a partir de la existencia de un mayor margen de maniobra que les deja a las clases dominantes la violenta opresión de su polo opuesto, el proletariado y las masas en general. Se observa, por lo menos en la fase inicial de la instauración del Estado Militar, una disputa relativamente aguda por la participación de las distintas fracciones de las clases dominantes, tanto en las decisiones sobre la política económica, como en el “reparto del botín”, producto de la superexplotación de las masas trabajadoras. Sin embargo, y en la medida en que siguen manifestándose dificultades y

obstáculos para la realización del nuevo modelo de acumulación, sectores cada vez más amplios de la burguesía y sobre todo de la pequeña burguesía quedan marginados del juego político, asumiendo la hegemonía del bloque en el poder aquel sector de las clases dominantes que —por medio de la intervención del aparato militar— está en mejores condiciones de garantizar el éxito y cierta duración al nuevo modelo de acumulación: la mencionada gran burguesía industrial monopolista. Es por eso que las modificaciones que sufre el aparato estatal en el Estado militar (su ocupación por una élite militar-tecnocrática; no existencia o absoluta subordinación de la legislativa y de la jurisdicción bajo la ejecutiva, que está en manos de altos militares; control del aparato represivo por las Fuerzas Armadas; militarización de toda la sociedad —universidades, educación, ideología; etc.—), no pueden ser entendidas como simples formas transitorias con el objetivo de restaurar en un plazo razonable el Estado civil anterior con sus libertades democrático-burguesas. Esos cambios, por el contrario, son cambios estructurales, posibilitando al gran capital monopolista nacional e internacional el desarrollo de una nueva superestructura capaz de dar vida a su modelo de acumulación, integrar la economía dependiente en las nuevas formas de la división internacional de trabajo, y —eventualmente— permitir la dominación política y/o económica de países más atrasados de la región (sub-imperialismo brasileño).

II. ESTADO MILITAR Y PROBLEMAS GEO-POLITICOS

Los Estados militares anteriormente descritos como “modelos” —tienen en lo político— un objetivo común: enfrentar a toda fuerza e impedir proyectos que tanto en su alcance táctico como en su proyección estratégica puedan significar la subversión del nuevo modelo de dominación en las sociedades capitalistas dependientes, reemplazándolas por sociedades no-capitalistas. Sólo en este sentido se manifiesta cierta homogeneidad y unidad entre los Estados Militares “modelos” del Continente, declarando abiertamente la guerra en contra de los movimientos revolucionarios más im-

portantes, y —de hecho— combatiéndolos también con métodos de guerra: las responsabilidades de represión pasan cada vez más directamente a manos de las Fuerzas Armadas, tanto en los aspectos del trabajo de inteligencia como en la ejecución práctica de las tareas represivas.

La coordinación y cooperación incipiente entre las distintas Fuerzas Armadas en lo que se refiere sobre todo a sus servicios de inteligencia parece haber encontrado mayor vigencia desde la XI Conferencia de los Ejércitos Americanos, celebrada en octubre pasado en Montevideo. Un análisis de los pocos documentos conocidos que fueron presentados en esa oportunidad, hace ver, sin embargo, que ese proyecto común es todavía bastante puntual, y cuenta además con la oposición más o menos abierta o encubierta de países como Venezuela, Perú y México. Pero, si bien la proposición de los representantes de varios países del Cono Sur en el sentido de crear una alianza militar propia (un complemento “gorila” a la OTAN) para la región del Atlántico Sur, pareciera concretizarse por medio del tratamiento oficial que ha recibido tal proyecto en los meses pasados, creemos que su realización enfrentará grandes dificultades. ¿Porqué?

En tal proyecto, Brasil como “gran potencia” debería asumir sin duda alguna el liderazgo; ese país no sólo es actualmente la potencia más fuerte en términos económicos y el más consolidado con respecto a su situación política interna, sino además es el bastión militar más fuerte de la región que en un plazo relativamente corto tendrá a su disposición un poderío nuclear propio. Ningún país del Continente, además, ha logrado desarrollar una geo-política tan coherente y tan indisolublemente vinculado al proyecto global del modelo político y económico de dominación, como Brasil. Ese país, sin embargo, necesita contar con la hegemonía indisputada sobre toda América Latina, y particularmente con la subordinación de Argentina y Venezuela. Sin lugar a dudas, Brasil ha dado pasos importantes con su proyecto sub-imperialista y ha logrado ampliar cada vez más su zona de influencia (Paraguay primero, y en forma sucesiva, Uruguay, Bolivia, y hoy, Chile).

Pero, el punto neurálgico de la geo-política brasileña lo constituyen la presencia de intereses adversos en países que podríamos denominar (en lo que al ámbito latinoamericano se refiere) “potencias medias”: Argentina y Venezuela. Estos países, el uno en su urgente proyecto de “recuperación” (Argentina) y el otro en el de la difícil consolidación de su modelo iniciado en 1974 (Venezuela), pueden —por razones que aquí no podemos profundizar— llegar a sentir en la continua expansión brasileña una amenaza en un campo que para esas dos “potencias medias” es de un interés vital: los mercados latinoamericanos, tanto de los países miembros del Pacto Andino como de países que no lo son. La política de “estrangulamiento” realizada durante los últimos años por Brasil en contra de Argentina (ej. los complejos hidro-energéticos a lo largo del río Paraná) y el conflicto latente pero de carácter permanente que Brasil mantiene con Venezuela (y que ha alcanzado últimamente una nueva manifestación cuando Henry Kissinger le entregó el título de “gran potencia” a Brasil, en clara delimitación de potencia media, y por tanto subordinada, de Venezuela), son factores decisivos que marcarán el futuro desarrollo de las relaciones interamericanas. (Nos atrevemos a decir que las aspiraciones integracionistas actualmente muy en boga en América Latina, sólo tienden a realizarse a través de la formación de nuevos bloques (el brasileño, el venezolano), que a su vez contribuirán a una acelerada “desintegración” latinoamericana. La cuestión de la salida al mar para Bolivia; los graves problemas que enfrentan el Pacto Andino y el SELA; los casos de Panamá y de Guyana; etc., son elementos adicionales que configuran esta hipótesis).

Vistas las cosas así, la actual escena geo-política en América Latina ofrece un panorama potencial y ya realmente conflictivo. Hoy, sin embargo, no es —como lo era en la década pasada— el impetuoso auge del movimiento popular lo que tiende a sacudir nuevamente a América Latina, sino que son (y lo serán a mediano plazo aún en mayor grado) las disputas internas de las clases dominantes en el Continente —por ahora solubles en el marco de una intensificada actividad diplomática— las que a su vez y por la agudización a la que tienden, pueden

llevar la lucha de clases en América Latina a nuevos niveles. Este pronóstico perderá mucho de su carácter de hipótesis con respecto a los países del Cono Sur que de hecho constituyen ya hoy un nuevo eje de la lucha de clases, tanto en su proyección latinoamericana como internacional. Será esa perspectiva que a su vez pueda contribuir a una desescalada en la vehemente disputa inter-burguesa y centrar de nuevo la lucha de las burguesías a su nivel principal, como lucha de clases.

Por eso quisiéramos anotar que esa lucha inter-burguesa, por no ser un enfrentamiento entre fuerzas antagónicas, sino una confrontación entre "socios", encontrará su solución pacífica, ya sea a través de delimitaciones geo-políticas trazadas por el "socio mayor" (Los Estados Unidos) y en acuerdo con la defensa del sistema global de intereses de ellos, ya sea por medio de la no-viabilidad de uno de los modelos —militares o democrático-burgueses— en marcha, como bien podría ser el caso tanto de Argentina como de Venezuela. Lo cual favorecería por vías "naturales" a la supremacía del modelo piloto del Estado Militar en América Latina: Brasil.

(No hemos podido aquí incluir la consideración de otros elementos importantes, como son: las posibilidades de un cambio (dentro del marco de un régimen autoritario) en Chile; sentido y posibles proyecciones (Africa) de una alianza militar en el Cono Sur; aspectos técnico-militares e infra-estructurales de la geo-política; y, sobre todo, las perspectivas de la revolución latinoamericana. Dejaremos a los lectores la reflexión de estos elementos, hasta que podamos volver sobre ellos en un próximo número de esta revista).

III. "ENFERMEDAD" SI, PERO. . .

En cierto modo, podríamos estar dispuestos en aceptar la imagen de "enfermedad" con la cual se intenta captar el fenómeno de la expansión de los Estados Militares en América Latina; eso, siempre y cuando dispongamos de elementos válidos para un diagnóstico que nos permita conocer las raíces de la "enfermedad".

En este sentido tenemos que ver que ella se manifiesta ac-

tualmente con mayor gravedad en los extremos (América Latina) de un cuerpo cuyo corazón y cerebro están ubicados en las metrópolis, y fundamentalmente en Estados Unidos.

Podemos registrar en el curso de los últimos años dos hechos que a nuestro entender constituyen los elementos básicos para un cuadro explicativo del desarrollo de esa "enfermedad". Es por un lado la nueva crisis del capitalismo mundial que empieza a manifestarse a partir de 1973, para alcanzar —como crisis de acumulación y de realización— su máxima expresión en los años 1974/75. Según informó el mismo Presidente de los Estados Unidos, ese país necesitará unos cinco años más (hasta 1980) para poder recuperarse de los efectos de esta crisis y alcanzar nuevamente los niveles de empleo, producción, inflación, etc., anteriores a la crisis. Frente a esta situación, Estados Unidos más que nunca ha de extender su mano sobre su principal proveedor de materias primas y primer mercado tanto de bienes de capital como de productos elaborados: América Latina.

A eso se agrega otro elemento que se da paralelamente al desarrollo de la crisis mundial: la serie de derrotas militares y diplomáticas que últimamente ha sufrido Estados Unidos, fundamentalmente en Asia y Africa. De allí que en el período post-Vietnam del imperialismo norteamericano, América Latina vuelve a ser de nuevo una de las áreas estratégicas más importantes, tanto en el terreno político-militar, como en el de la política económica.

En el contexto internacional contemporáneo, que podríamos caracterizar como "segunda guerra fría mundial", a Estados Unidos le resulta extraordinariamente difícil permitir o tolerar en América Latina situaciones y constelaciones que podrían poner en peligro su sistema global de intereses. Por ello la vuelta a una política del "big stick", que con la de Roosevelt poco tiene en común, ya que el garrote preferido para su ejecución esta vez es de un carácter distinto: es el Estado Militar latinoamericano; y mientras que Roosevelt se refería a un viejo adagio que decía "speak softly and carry a big stick", los voceros actuales del imperialismo norteamericano no hacen

ningún secreto de cómo dirigir los destinos de los pueblos latinoamericanos; así nos han hecho saber hace poco, que "la única alternativa capaz de resolver los problemas políticos, económicos y sociales de los países de la región es una brutal dictadura militar al estilo chileno o uruguayo".